

— Bastante.

— En todo caso, bien guardado.

— Sí, por hombres que duermen con los puños cerrados.

— Mañana velarán, señor.

De Epernón acompañó á Enrique hasta la puerta de la galería, y se separó de él diciendo para sí :

— Si no soy rey, tengo guardias como un rey, y que no me cuestan nada, ¡ parlantious !

XIV.

La sombra de Chieot.

Como hemos dicho hace poco, el rey no tenía jamás decepciones sobre sus amigos. Conocía sus defectos y sus virtudes, y leía, rey de la tierra, en lo más profundo de su corazón tan exactamente como podía hacerlo el rey del cielo.

Había comprendido desde luego adónde quería ir á parar de Epernón ; pero como se prometía no recibir nada en cambio de lo que él diese, y, por el contrario, recibía cuarenta y cinco estaferos en

cambio de sesenta y cinco mil escudos, la idea del gascón le pareció un hallazgo.

Además era una novedad. Un pobre rey de Francia no está siempre muy provisto de esa mercancía, tan rara aun para los súbditos. Especialmente Enrique III, que, cuando había hecho sus procesiones, peinado sus perros, repasado sus calaveras y exhalado su cantidad requerida de suspiros, no tenía nada que hacer.

Así pues, la guardia establecida por de Epernón agradó al rey, especialmente porque hablarían de ella, y podría por consiguiente leer en las fisonomías algo más de lo que en ellas veía diariamente en los diez años desde su vuelta de Polonia.

Poco á poco y según se iba acercando á su cuarto en donde le aguardaba el ujier, bastante sorprendido de aquella excursión nocturna é inusitada, Enrique se explicaba á sí mismo las ventajas de la institución de los cuarenta y cinco, y, como todos los espíritus débiles ó debilitados, columbraba las ideas que de Epernón había emitido en la conversación que con él acababa de tener.

— En realidad, — pensó el rey, — esos hombres son sin duda valientes y quizá me serán muy adle-

tos. Algunos de ellos tienen caras afables, otros las tienen de vinagre, y, á Dios gracias, habrá para todos... y además es muy hermoso un acompañamiento de cuarenta y cinco espadas siempre prontas á salir de la vaina.

Este último eslabón de su pensamiento, uniéndose al recuerdo de aquellas otras espadas tan adictas que él deploraba tan amargamente en voz alta, y más amargamente aún en voz baja, condujo á Enrique á aquella profunda tristeza en que tan á menudo caía en la época á que hemos llegado, que podía llamarse su estado habitual. Los tiempos tan crueles, los hombres tan malvados, las coronas tan vacilantes en la cabeza de los reyes, le impusieron por segunda vez esa inmensa necesidad de morir ó de divertirse, para evadirse un instante de esa enfermedad que, ya en aquella época, los ingleses, nuestros maestros en melancolía, habían bautizado con el nombre de esplin.

Buscó con la vista á Joyeuse, y como no le viese en ningún lado, preguntó por él.

— Aun no ha vuelto el señor duque, — dijo el ujier.

— Está bien. Llama á mi ayuda de cámara y retírate.

— Señor, el cuarto de V. M. está preparado, y S. M. la reina ha mandado tomar las órdenes del rey.

Enrique se hizo el sordo.

— ¿ Se debe mandar decir á S. M. que pongan el traversero ? — se aventuró á preguntar el ujier.

— No, no, — dijo Enrique, — tengo que rezar mis devociones, tengo que hacer, y además estoy algo indispuerto, dormiré solo.

El ujier se inclinó.

— Á propósito, — dijo Enrique llamándole, — lleva á la reina estos confites de Oriente que son buenos para conciliar el sueño.

Y le entregó una cajita.

El rey entró en su cuarto, que en efecto habían preparado los criados. Una vez allí, Enrique echó una ojeada sobre todos los accesorios tan exquisitos, tan minuciosos de las extravagantes toaletas que él hacía no había mucho tiempo, para ser el hombre más hermoso de la cristiandad, ya que no podía ser el rey más grande.

Pero nada le hablaba ya en favor de aquel trabajo

forzado que con tanto ánimo arrostraba en otro tiempo. Todo lo que antes había de mujer en aquella organización hermafrodita, había desaparecido. Enrique era como esas viejas coquetas que han cambiado el tocador por un ordinario de la misa : casi tenía horror á los objetos que más caros le habían sido.

Guantes perfumados, máscaras de tela fina impregnadas de pastas, combinaciones químicas para rizar los cabellos, ennegrecer la barba, sonrosar la oreja y dar brillo á los ojos, todo lo descuidó aún, como lo descuidaba hacía tiempo.

— ¡ Mi cama ! — dijo con un suspiro.

Dos criados le desnudaron, le vistieron unos calzoncillos de fina lana de Frisia, y levantándole con precaución, le deslizaron entre las sábanas.

— ¡ El lector de S. M. ! — gritó una voz.

Porque Enrique, hombre de largos y crueles insomnios, se hacía algunas veces adormecer con la lectura, y aun esa era preciso que fuese en polaco, mientras que en otro tiempo, es decir primitivamente, le bastaba el francés.

— No, nadie, que no venga el lector, — dijo Enrique, — ó que lea las oraciones en su cuarto

por mi intención; sólo el señor de Joyeuse, si entra, decidle que venga.

— ¿Pero si entra tarde, señor?

— ¡Ay! — dijo Enrique, — ¡siempre entra tarde! pero sea la hora que sea, ¿lo entendéis? decidle que venga.

Los criados apagaron los cirios, encendieron cerca de la chimenea una lámpara de esencias que despedía llamas pálidas y azuladas, especie de recreación fantasmagórica de que el rey estaba muy encantado desde que le volvieron sus ideas sepulcrales, y luego se salieron de puntillas de su cuarto.

Enrique, valiente en presencia del peligro verdadero, tenía todo el miedo, todas las debilidades de los niños y las mujeres. Temía las apariciones, tenía miedo á las fantasmas, y sin embargo ese sentimiento le ocupaba: teniendo miedo, se fastidiaba menos. Parecido en esto al preso, que, fastidiado de la ociosidad de una larga detención, respondía á los que le anunciaban que iban á darle tormento:

— Bueno; eso siempre me distraerá un rato.

Sin embargo, siguiendo los reflejos de su lám-

para sobre las paredes, sondeando con la vista los ángulos más oscuros del cuarto, y tratando de percibir el menor ruido que hubiese podido denunciar la misteriosa entrada de un espectro, los ojos de Enrique, fatigados del espectáculo del día y de la excursión nocturna, se velaron, y á muy luego se durmió, ó más bien se amodorró en aquella calma y soledad.

Pero los reposos de Enrique no eran largos; mirado por la fiebre sorda que le consumía la vida durante el sueño como estando despierto, creyó oír ruido en su cuarto y se despertó.

— Joyeuse, — dijo, — ¿eres tú?

Nadie respondió.

Las llamas de la lámpara azul se habían amortiguado, y ya no enviaban hasta el techo de encina esculpido más que un círculo pálido, que enverdecía el oro de los artesones.

— ¡Solo, solo aún! — murmuró el rey. — ¡Ah! Razón tiene el profeta: «La majestad debería suspirar siempre;» mejor hubiera dicho: suspira siempre.

Luego, después de un instante de pausa:

— ¡Dios mío, — dijo en forma de rezo, —

dadme la fuerza de estar siempre solo durante mi vida, como lo estaré después de mi muerte !

— ¡ Eh, eh ! Solo después de tu muerte no es muy seguro, — respondió una voz estridente que vibró como una percusión metálica á algunos pasos de la cama; — ¿ y los gusanos, por quiénes los tomas tú ?

El rey, despavorido, se sentó, interrogando con ansiedad á cada mueble del cuarto.

— ¡ Oh, yo conozco esta voz ! — murmuró.

— Es una fortuna, — murmuró la voz.

Un sudor frío bañó la frente del rey.

— Diríase que es la voz de Chicot, — dijo suspirando.

— ¡ Que te quemas, Enrique, que te quemas ! — respondió la voz.

Entonces, Enrique, sacando una pierna de la cama, percibió á alguna distancia de la chimenea, en el mismo sillón que una hora antes había designado á de Epernón, una cabeza sobre la que la luz derramaba uno de esos reflejos, que en los fondos de Rembrandt iluminan un personaje que apenas se percibe á la primer ojeada.

Ese reflejo caía sobre el brazo del sillón en que

estaba apoyado el brazo de aquel personaje; luego sobre su rodilla huesuda y saliente; después sobre el empeine del pie formando ángulo recto con una pierna nerviosa, descarnada y desmesuradamente larga.

— ¡ Dios me ampare ! — exclamó Enrique, — ¡ es la sombra de Chicot !

— ¡ Ah ! mi pobre Enrique, — dijo la voz, — ¿ conque eres siempre tan tonto ?

— ¿ Qué quiere decir eso ?

— Que las sombras no hablan, imbécil, puesto que no tienen cuerpo, ni por consiguiente lengua, — repitió la figura sentada en el sillón.

— ¿ Entonces tú eres verdaderamente Chicot ? — replicó el rey embriagado de gozo.

— En cuanto á eso no quiero decidir nada; ya veremos más tarde lo que soy, ya veremos.

— ¡ Cómo ! ¿ Conque no has muerto, mi pobre Chicot ?

— ¡ Vamos, bueno va ! Ya gritas como un águila: sí tal, al contrario, he muerto, cien veces muerto.

— ¡ Chicot, mi único amigo !

— Á lo menos, tú me llevas la ventaja de ser

siempre la misma cosa. ¡ Tú no has cambiado !
¡ Caramba !

— ¡ Pero tú, tú, — dijo tristemente el rey, —
has cambiado, Chicot ?

— Así lo espero.

— Chicot, mi amigo, — dijo el rey poniendo los
pies en el suelo, — ¿ por qué me has dejado ?

— Porque he muerto.

— ¡ Pero acabas de decir que no !

— Y lo repito.

— ¿ Qué quiere decir esa contradicción ?

— Esta contradicción quiere decir, Enrique, que
estoy vivo para unos, y muerto para otros.

— Y para mí, ¿ cómo estás ?

— Muerto.

— ¿ Por qué muerto para mí ?

— Fácil es de comprender. Escucha bien.

— Ya escucho.

— Tú no eres el dueño de tu casa.

— ¡ Cómo !

— Tú no puedes nada en favor de los que te
sirven.

— ¡ Chicot !

— No te enfades, ó me enfado.

— Sí, tienes razón, — dijo el rey temblando que
se desvaneciese la sombra de Chicot, — habla,
amigo mío, habla.

— Y bien, tenía yo un asuntito que ventilar con
el señor de Mayenne, ¿ te acuerdas ?

— Perfectamente.

— Lo ventilo : bien. Doy una buena zurra á ese
capitán sin igual ; muy bien. Él me hace buscar
para ahorcarme, y tú, con quien yo contaba para
defenderme contra ese héroe, en lugar de prote-
germe me abandonas ; en lugar de rematarlo, te
arreglas con él. ¿ Qué hice yo entonces ? Me declaré
muerto y enterrado por medio de mi amigo Go-
renflot ; de suerte que desde entonces el señor
de Mayenne, que me andaba buscando, ya no
me busca.

— ¡ Espantoso valor has tenido en eso, Chicot !
¿ No sabías el dolor que había de causarme tu
muerte ? Di.

— Sí, eso es valiente, pero de ningún modo
espantoso. Jamás he vivido tan tranquilo como
después que todos están persuadidos de que he
muerto.

— ¡ Chicot, Chicot, mi amigo ! — exclamó el

rey, — ¡tú me espantas, mi cabeza se pierde!

— ¡Bah! ¿no notaste eso hasta hoy?

— Yo no sé qué creer.

— ¡Diantre! Sin embargo preciso es que te fijes en alguna cosa, ¿qué es lo que crees? Veamos.

— Y bien; yo creo que estás muerto y que vuelves del otro mundo.

— Entonces, miento yo; gracias por el cumplimiento.

— Tú me ocultas una parte de la verdad cuando menos; pero en este momento, como los espectros de la antigüedad, vas á decirme cosas terribles.

— ¡Ah! en cuanto á eso, no digo que no. Es-
pérate, pues, pobre rey.

— Sí, sí, — continuó Enrique, — confiesa que eres una sombra suscitada por el Señor.

— Confesaré todo lo que tú quieras.

— Porque, en fin, sin eso, ¿cómo habrías venido aquí por pasadizos que están guardados? ¿cómo te hallarías aquí, en mi cuarto, cerca de mí? ¡Conque ahora entra en el Louvre el que se le antoja! ¡Conque es así como guardan al rey!

Y Enrique, abandonándose completamente al terror vertiginoso que acababa de acometerle, se

echó en la cama dispuesto á cubrirse la cabeza con las sábanas.

— ¡Vamos, vamos! — dijo Chicot con acento que ocultaba alguna compasión y mucha simpatía.

— ¡Vamos, no te acalores! no tienes más que tocarme para convencerte.

— ¿Luego eres un mensajero de venganza?

— ¡Cuerpo de Crispo! ¿acaso tengo yo cuernos como Satanás, ó una espada flamígera como el arcángel Miguel?

— Entonces, ¿cómo has entrado?

— ¿Vuelves á la misma cantinela?

— Sin duda.

— Y bien; sábetelo, pues, que conservo aquella llave que tú me has dado y que yo me colgué al cuello para hacer rabiar á los gentileshombres de cámara, que sólo tenían el derecho de colgársela atrás. Y bien, con esa llave se entra, y he entrado.

— ¿Entonces por la puerta secreta?

— Sin duda.

— Pero ¿por qué has entrado hoy y no ayer?

— ¡Ah! Es verdad, esa es la cuestión. Y bien, vas á saberlo.

Enrique bajó sus sábanas, y con el mismo acento de sencillez que habría tomado un niño :

— Te suplico que no me digas nada desagradable, Chicot, — replicó. — ¡ Oh ! ¡ Si supieras qué placer me hace experimentar tu voz !

— Yo te voy á decir la verdad, y nada más. Si la verdad es desagradable, tanto peor.

— No es serio tu miedo al señor de Mayenne, ¿ no es verdad ? — dijo el rey.

— Al contrario, es muy serio. Tú comprendes ; el señor de Mayenne ha hecho darme cincuenta palos, yo tomé mi revancha y le devolví cien zurriagazos con la vaina de la espada ; supón que dos de estos zurriagazos valen un palo, y estamos pagos. ¡ Cuidado con el desquite ! supón que uno de los zurriagazos valga un bastonazo, y quizá sea esta la opinión del señor de Mayenne ; entonces aun me está debiendo cincuenta palos ó zurriagazos ; yo nada temo tanto como á los deudores de ese género, y ni aun hubiera venido aquí por mucho que necesitases de mí, si no hubiese sabido que el señor de Mayenne está en Soissons.

— Y bien, Chicot ; siendo así, puesto que has

vuelto del otro mundo sólo por mí, te tomo bajo mi protección, y quiero...

— ¿ Qué quieres ? ¡ Cuidado, Enriqueito ! Siempre que pronuncias la palabra quiero, estás pronto á decir alguna tontería.

— Quiero que resucites, que salgas en medio del día.

— ¡ Si lo decía yo !

— Yo te defenderé.

— ¡ Bueno !

— Chicot, te empeño mi palabra real.

— ¡ Bah ! Tengo una cosa mejor.

— ¿ Qué tienes ?

— Mi escondrijo, y permaneceré en él.

— Yo te lo prohibiré, te digo, — exclamó el rey enérgicamente enderezándose en la grada de su cama.

— Enrique, — dijo Chicot, — vas á resfriarte ; te suplico que te vuelvas á acostar.

— Tienes razón, pero me estás exasperando, — dijo el rey volviendo á meterse entre sus sábanas. — ¡ Cómo ! ¡ Cuando yo, Enrique de Valois, rey de Francia, me hallo con bastantes Suizos, Escoceses, guardias franceses y nobles para mi defensa, el

señor Chicot no se halla contento y en seguridad !

— Escucha, veamos... ¿ cómo has dicho eso ? Tú tienes los Suizos...

— Sí, mandados por Tocquenot.

— Bien. Tú tienes los Escoceses.

— Sí, mandados por Larchant.

— Muy bien. Tienes los guardias franceses.

— Mandados por Crillon.

— Á las mil maravillas. ¿ Y luego ?

— Y luego... No sé si debería decirte esto.

— No lo digas. ¿ Quién te lo pregunta ?

— Y luego, una novedad, Chicot.

— ¿ Una novedad ?

— Sí, figúrate cuarenta y cinco esforzados nobles...

— ¿ Cuarenta y cinco ! ¿ Cómo dices eso ?...

— Cuarenta y cinco nobles.

— ¿ En dónde los has hallado ? En todo caso, no habrá sido en París.

— No, pero han llegado hoy á París.

— ¿ Táte, táte ! — dijo Chicot iluminado de una idea súbita : ya conozco yo á tus nobles.

— ¿ Verdaderamente ?

— Cuarenta y cinco miserables á quienes no falta más que las alforjas.

— No digo que no.

— Unas fachas que excitan la risa.

— Chicot, los hay entre ellos de una figura soberbia.

— En fin, gascones como el coronel-general de tu infantería.

— Y como tú, Chicot.

— ¡ Oh ! En cuanto á mí, Enrique, eso es muy diferente : yo no soy gascón desde que dejé la Gascuña.

— ¿ Y ellos ?

— Muy al contrario : ellos no eran gascones en Gascuña, y aquí son archigascones.

— No importa, tengo cuarenta y cinco espadas temibles.

— Mandadas por la cuadragésima sexta espada temible que se llama de Epernon.

— No precisamente por él.

— ¿ Por quién ?

— Por Loignac.

— ¡ Puf !

— No vengas ahora á despreciar á Loignac.